

hacían á la marquesa de Rochefide tan noblemente hermosa, Calixto no tardó en sentirse oprimido por la majestad de la mujer amada: se sintió empujado ante la altanería de ciertas miradas, ante la actitud imponente de aquel rostro, de donde se desbordaban sentimientos aristocráticos, y ante una cierta altivez que las mujeres expresan por ligeros movimientos, por posturas especiales, por admirables lentitudes en los gestos, y que son efectos menos plásticos y menos estudiados de lo que se cree. Estos lindos detalles de su cambiante fisonomía corresponden á las delicadezas de las mil agitaciones de su alma, y todas esas expresiones encierran cierto sentimiento. La falsa situación en que se encontraba Beatriz le imponía el deber de velar por sí misma y de hacerse imponente sin ser ridícula; y las mujeres del gran mundo saben siempre conseguir su objeto y salvar los escollos en que suelen tropezar las mujeres vulgares.

Por las miradas de Felicidad, Beatriz adivinó la adoración interior que inspiraba á su vecino, y comprendiendo que era indigno de ella alentar aquella pasión, dirigió á Calixto, en tiempo oportuno, una ó dos miradas reprobativas, que cayeron sobre él como avalancha de nieve. El infortunado se quejó á la señorita de Touches con una mirada en la que se veían lágrimas escondidas en el corazón con energía sobrehumana, y Felicidad le preguntó con voz amistosa por qué no comía. Calixto se atracó sin gana, para no denunciar su emoción, y fingió tomar parte en la conversación. La idea de ser importuno en lugar de agradar le producía un malestar indefinible, y se sintió tanto más avergonzado, cuanto que vió detrás de la silla de la marquesa el criado que había visto por la mañana en la playa, el cual hablaría, sin duda, de su curiosidad. Contristado ó feliz Calixto, es lo cierto que la señora de Rochefide no hizo caso alguno de él. La señorita de Touches sacó la conversación del viaje á Italia, y Beatriz tuvo de este modo ocasión de contar, con mucha gracia, la pasión á quemarropa con que la había honrado un diplomático ruso en Florencia, burlándose de los jovencitos que se lanzan sobre las mujeres como las langostas sobre la verdura. La marquesa hizo reír á Claudio Viñón, á Jenaro y hasta á Felicidad, á pesar de que aquellas pullas fuesen á herir de lleno el corazón de Calixto, el cual, en medio del zumbido que sonaba en sus oídos y en su cerebro,

apenas se daba cuenta del valor de las palabras. El pobre niño no se juraba á sí mismo, como suelen hacer otros, obtener á aquella mujer á toda costa; no sentía impulso alguno de cólera, sino que lo que hacía era sufrir. Cuando vió que Beatriz tenía intención marcada de inmolarse á los pies de Jenaro, se dejó maltratar con mansedumbre de cordero, y se dijo para sus adentros:

—Al menos, que le sirva de algo.

—Usted que tanto admira la poesía—dijo Claudio Viñón á la marquesa,—¿cómo la acoge usted tan mal? Esos sencillos arranques de admiración, tan hermosos en su manera de expresarse, tan desprovistos de cálculo y tan llenos de abnegación, ¿no constituyen la verdadera poesía del alma? Vamos, confiesen ustedes que les causan una profunda sensación de placer y de bienestar.

—¡Oh! ciertamente que sí—contestó la marquesa,—pero entiendo que seríamos muy desgraciadas y, sobre todo, muy indignas, si hubiésemos de ceder á todas las pasiones que inspiramos.

—Si ustedes no tuviesen el derecho de escoger, no nos sentiríamos nosotros tan orgullosos como nos sentimos al vernos amados—dijo Conti.

—¿Cuándo me veré yo escogido y distinguido por una mujer?—se preguntó Calixto, reprimiendo con dificultad su cruel emoción, y poniéndose rojo como el enfermo á quien se le toca la llaga por descuido.

La señorita de Touches, conmovida al ver la expresión que se dibujaba en el rostro de Calixto, procuró consolarlo dirigiéndole una mirada llena de simpatía, y como esta mirada fuese sorprendida por Claudio Viñón, éste afectó desde aquel momento una gran alegría que se tradujo en sarcasmos: sostuvo á Beatriz que el amor no existía sin el deseo, que la mayor parte de las mujeres engañaban al amor, que amaban por razones desconocidas las más de las veces para los hombres y para ellas mismas, que con frecuencia querían engañarse á sí mismas, y que la más noble resultaba aún artificiosa.

—Aténgase usted á los libros y no critique usted nuestros sentimientos—le dijo Camilo dirigiéndole una imperiosa mirada.

La comida cesó de ser alegre. Las burlas de Claudio Viñón habían puesto pensativas á las dos mujeres, y Calixto

sufría horriblemente en medio de la dicha que le causaba la presencia de Beatriz. Conti procuraba leer en los ojos de la marquesa los pensamientos que la ocupaban.

Cuando la comida terminó, la señorita de Touches tomó del brazo á Calixto, abandonó los otros dos hombres á la marquesa y les dejó ir delante, á fin de poder decirle al joven bretón:

—Hijo mío, si la marquesa le ama á usted, seguramente que romperá con Conti; pero de la manera como procede usted en este momento, está contribuyendo á estrechar más los lazos que los unen. Fíjese usted bien; aunque Beatriz estuviese encantada de sus adoraciones, ¿cree usted que debe hacer caso de ellas?

—¡Oh! ha estado muy dura conmigo, y veo que no me amará nunca—dijo Calixto,—y si ella no me ama, yo me moriré.

—¿Morir usted, mi querido Calixto?—dijo Camilo.—Es usted un niño. ¿No se hubiera usted muerto por mí también?

—Sí, pero usted se hizo amiga mía—le respondió el joven.

Después de las charlas que engendra siempre el café, Viñón rogó á Conti que cantase; la señorita de Touches se sentó al piano, y, en unión de Jenaro, cantó el *Dunque il mio bene tu mia sarai*, último dúo de *Romeo y Julieta* de Zingarelli, que es una de las páginas más patéticas de la música moderna. El pasaje de *Di tanti palpiti* expresa el amor en toda su grandeza. Calixto, sentado en el sofá en que Camilo le había contado la historia de la marquesa, escuchaba religiosamente. Beatriz y Viñón estaban á ambos lados del piano. La voz sublime de Conti sabía armonizarse perfectamente con la de Felicidad: ambos habían cantado muchas veces este trozo, conocían sus recursos y se entendían á las mil maravillas, para hacerle valer, hasta tal punto, que en aquel momento el dúo fué lo que el músico quiso crear, es decir, un poema de melancolía divina, los adioses de dos cisnes á la vida. Cuando el dúo acabó, todos los oyentes eran presa de sentimientos que no se pueden expresar con vulgares aplausos.

—¡Ah! la música es la primera de las artes—exclamó la marquesa.

—Pero Camilo coloca primero que ese arte, la juventud y la belleza, que es la primera de las poesías—dijo Claudio Viñón.

La señorita de Touches miró á Claudio disimulando una vaga inquietud. Beatriz, al ver que Calixto no estaba ya en su asiento, volvió la cabeza para saber, más bien por interés por él que para satisfacción de Conti, el efecto que aquella música le había causado, y vió en el alféizar de una ventana un rostro pálido cubierto de lágrimas. Al ver esto, cual si se viese atacada de vivo dolor, volvió rápidamente la cabeza y miró á Jenaro. La música no sólo había conmovido á Calixto, sino que, además, el joven se sintió sugestionado por el genio de Conti. A pesar de que Camilo Maupín le había hablado del carácter de éste, el joven bretón le creía dotado de un alma hermosa y de un corazón lleno de amor. ¿Cómo luchar con semejante artista? ¿Cómo era posible que una mujer no le adorase siempre? Aquel canto penetraba en el alma cual si fuese otra alma. El pobre niño se sentía tan anonadado por la poesía del arte como por la desesperación; ¡juzgaba él ser tan poca cosa! Esta confesión ingenua de su insignificancia se veía mezclada con su admiración, y, en medio de su azoramiento, no vió el gesto de Beatriz, la cual, atraída hacia Calixto por el contagio de los sentimientos verdaderos, lo mostró con una seña á la señorita de Touches.

—¡Oh! ¡qué adorable corazón!—dijo Felicidad.—Conti, nunca recogerá usted aplausos que valgan lo que el homenaje de ese niño. Cantemos un trío. Beatriz, querida mía, venga usted.

Cuando la marquesa, Camilo y Conti se pusieron al piano, Calixto echó á andar muy despacio, y sin darse cuenta, se tumbó sobre uno de los sofás del dormitorio cuya puerta estaba abierta, y permaneció allí sumido en profunda meditación.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

ando. 1925 MONTERREY, MEXICO